



“CARTILLA” AMAZÓNICA DE THIAGO DE MELLO¹

Henryk Siewiersky

*No sé mucha cosa acerca de los dioses; pero creo que el río
es un poderoso dios castaño - taciturno, indómito e intratable,
paciente hasta cierto punto, al principio reconocido como frontera.*

T.S. Eliot, Cuatro cuartetos

*Con nombres diversos sólo a vosotros alabé, oh ríos!
Vosotros sois la leche y la miel y el amor y la muerte y la danza.*

C. Milosz, Ríos

RESUMEN:

¿No es extravagancia llamar “cartilla” a una obra literaria? En el presente ensayo procuro explicar lo que dentro del texto de Mello justificaría el término “cartilla”.

El libro *Amazonia, patria del agua*, escrito entre 1979 y 1987 enseña a aprender y a amar la Amazonia. Presenta aspectos fundamentales de la etimología, la onomástica, la semántica y la lexicografía del Río y también aquellos que conciernen a su relación con el hombre.

Esta cartilla, que verdaderamente enseña, apunta a las heridas y esboza el panorama de la destrucción de la patria del agua, pero es también un llamado a entenderla y –habiéndolo hecho– a establecer un compromiso con ella.

RESUMO:

Seria uma extravagância chamar de “cartilha” uma obra literária? No presente ensaio procuro explicar o que no próprio texto de Thiago de Mello justificaria o uso do termo “cartilha”.

O livro *Amazônia, pátria da água*, escrito entre 1979 e 1987, ensina a aprender e a amar a Amazônia. Ele apresenta aspectos fundamentais da etimologia, da onomástica, da semântica e da lexicografia do Rio, bem como os que concernem à sua relação com o homem.

Esta “cartilha”, ao ensinar, aponta as feridas e esboça um panorama da destruição da pátria da água, mas é também um apelo para compreendê-la e, conseqüentemente, para estabelecer um compromisso com ela.

No nos debe sorprender el éxtasis en que los poetas, muchas veces, entran al hablar del agua, ni la adoración y el endiosamiento del río, o su reconocimiento como la divinidad. Y no sólo porque nuestro imaginario esté tan impregnado de signos y códigos de ese elemento. También es porque sería difícil encontrar una prueba más palpable de nuestra inmersión en el orden y en el sentido trascendentales, de nuestra relación con el agua, nuestra dependencia de los mares, ríos y lagos. Porque si el hombre surgió y continúa viviendo en una dependencia del agua, no hay motivos para considerarla su sierva y no admitir que el hombre, con su existencia, cumple una finalidad programada en la naturaleza

¹ Versión en español de Elga Pérez-Laborde.

del agua. Y esa finalidad podría ser, quien sabe, la manutención y la salvación de la vida en la tierra, una frágil migaja del cosmos, expuesta a los peligros previsibles e imprevisibles que pueden aniquilarla. La tierra, que tal vez no tenga ninguna garantía de sobrevivencia, sino apenas una oportunidad, que surgió con la instauración de la vida.

Por eso, Amazonia es el lugar donde, de una forma particular, el hombre encuentra las reminiscencias de su origen, su patria primordial, donde enfrenta más intensamente los presentimientos y dilemas de su misterioso destino. Quien nace en ese lugar y quien viene de lejos —son de aquí y ambos precisan aprender a leer el libro de este mundo, aprender lo que no heredaron genéticamente. Todos precisamos de cartilla. La cartilla de la patria amazónica que yo escogí, o tal vez no escogí porque fue uno de los primeros libros sobre Amazonia que llegó a mis manos, se trata de *Amazonas, patria del agua* de Thiago de Mello, libro de mi alfabetización en la patria que alimenta generosamente el planeta entero.

Llamar una obra literaria "cartilla" puede parecer una extravagancia, pero pensando bien, ¿no sería cada metáfora una extra-vagancia? La polifonía, el palimpsesto y tantos otros términos usados metafóricamente sólo hicieron bien a la crítica literaria. En el presente ensayo, procuro explicar lo que dentro del texto de Thiago de Mello justificaría el uso del término cartilla. Pero hay también otro aspecto, otra justificación del uso de esa metáfora, que es una actitud del lector de asumir un texto como su cartilla, transformar una obra literaria en su guía particular y de referencia de iniciación en la lectura del mundo.

§

Thiago de Mello, "*caboclo amazonense de Bairreirinha, poeta y trovador, y compañero de la mañana*" (Mello, 1984: 315), pero también "*hijo de la selva, agua y madera*", como se autodefine, en la dedicatoria a su libro *Mormaço na floresta* (1918), dice, que no puede vivir en paz, porque vive y convive con niños que duermen con hambre, sin embargo, aún así, trata de repartir la esperanza. Su poesía expresa una aguda visión de la agonía de Amazonia, sin depositar tanta esperanza en el poder de la civilización, como sus antecesores de inicio del siglo XX, cuyo fin evidenció como pernicioso para la Hiléia prodigiosa la marcha de la civilización. La esperanza que quiere repartir reside en una alianza entre la ciencia y la consciencia, en el conocimiento indisociable de la compasión y responsabilidad.

"De mucha ciencia se precisa todavía para alcanzar el conocimiento de técnicas que favorezcan el uso justo y adecuado del suelo. Pero no sólo de ciencia. Es de conciencia nuestra necesidad mayor. Es preciso ocupar Amazonia para ayudarla a vivir, a fin de que ella pueda ayudar mejor al hombre, quiero decir, a la humanidad" (Mello, 1987: 66. En adelante, sólo los números de página entre paréntesis indican esta obra).

Amazonas, patria del agua, texto escrito entre 1979 y 1987, es uno de los ejemplos más expresivos de la conciencia que busca el conocimiento para alimentar y repartir la esperanza en la obra de Thiago de Mello. Es un texto que huye de la simple clasificación genérica, congregando relatos y anotaciones de los viajes, descripciones de la fauna y flora, datos geográficos e históricos, entrevistas, transcripciones de narrativas orales populares, un manifiesto, poemas y fotografías. Una verdadera *silva rerum*, "selva de las cosas", pero ante todo una cartilla para quien quiere aprender a leer y amar Amazonia y contribuir para que el famoso pronóstico de Alexander von Humboldt, que sirve de epígrafe, pueda ser apenas un mani-

fiesto de la esperanza: “*En esta vacía drenada por el río por excelencia, más temprano o más tarde se ha de concentrar la civilización del globo*”.

Alimentando esa esperanza, Thiago de Mello lanza también un grito de alerta: “*Un temor grande se yergue de las honduras de las aguas y recorre el verde cuerpo herido de Amazonia: nuestra floresta está, lentamente, tomando el rumbo del fin*” (Prefacio). “*El agua corrompida y putrefacta en su patria contamina todo el universo, compromete su integridad ecológica, pierde su función de ‘espejo universal’*” (Ramos, 142-3).

Permea y recorre esa “cartilla” amazónica una vena poética, en la cual el deseo de representación enfrenta los límites de lo innominable, de la fuerza y exuberancia de ese mundo maravilloso y de su desamparo, simbolizado por los ojos tristes y misteriosos de Marieta, una niña ribereña, con quien el poeta no consigue comunicarse:

El barco se aparta. De lo alto de la proa, me quedo mirando a la niña sentada en el barranco. Un brillo que me perturba crece en sus ojos, donde palpitan mezclados la fuerza y el desamparo. Una especie de esperanza amedrentada. Es el mirar de la propia Amazonia, de alguien que siente necesidad de amor (67).

Amazonas, patria del agua no sería una cartilla, si no presentase aspectos fundamentales de la etimología, onomástica, morfología, sintaxis, fonética, ortografía, semántica y lexicografía del río. Obviamente la cartilla no es una gramática, mas siendo una iniciación en la escritura, ella tiene que familiarizarse con los diversos aspectos de la lengua, así como esbozar el universo de sus usuarios.

Todos esos elementos recorren el texto de Thiago de Mello, empezando por los orígenes del río:

De la altura extrema de la Cordillera, donde las nieves son eternas, el agua se desprende y traza una línea trémula en la piel antigua de la piedra: el Amazonas acaba de nacer. (15)

Sin embargo, la etimología del gran río no se resume en la indicación de su naciente. El río se acrecienta vertical y horizontalmente, sus fuentes son innumerables, subterráneas y celestes, sus caminos se ramifican en millares y forman un laberinto mágico de la mayor reserva mundial de agua dulce, bañando millones de kilómetros cuadrados de un territorio verde (“*vigésima parte de la superficie de este lugar llamado Tierra, donde vivimos*”), cortado por la línea del Ecuador y compartido por nueve países.

Inserto en la historia del hombre, hace diez mil años, el río ganó diversos nombres, por eso su etiología es hoy indisociable de la onomástica:

Fueron muchos sus nombres:
 Mar Dulce
 el río de Orellana,
 Marañón,
 el Guieni de los indios aruaques,
 el Paranatinga,
 el Parauaço de los tupis,
 San Francisco de Quito,
 El río de las Amazonas,

El Gran río de las Amazonas.

(17-18)

Si Amazonas es el nombre que venció a los otros, anteriores, es porque con la llegada de los europeos en la etimología del río había entrado un lenguaje del mito universal de las mujeres guerreras. Así, sus aguas brotan también en tierras fértiles del imaginario del mundo entero, sus márgenes son habitadas por los pueblos de toda la tierra y el río desemboca en el mar, donde las historias de todo el mundo se encuentran. Aunque el nombre hubiese venido de lejos, no debería ser visto como una imposición del conquistador. El gran río aceptó, o escogió ese nombre tal vez para facilitar su reconocimiento como una patria de agua de todos. Thiago de Mello cita el relato del encuentro con las indias guerreras que dieron nombre al río de Fray Gaspar de Carvajal, cronista de viaje del español Francisco Orellana, el primer navegante europeo de sus aguas, del siglo XVI, y lo complementa con el testimonio de un caboclo en cuya memoria quedó guardada la misma historia (18-20). De esa forma la cartilla amazónica sitúa las nacientes etimológicas del río también en las profundas sabanas de la protolengua del mito, que es el don de la unidad en la diversidad de los pueblos.

La sintaxis, otra dimensión del río que la cartilla expone, evidencia la disposición de los componentes de su curso, dis-curso, de "más de seis mil kilómetros". Desde "el hilo de agua que baja del lago Lauri, Lauricocha, en la cabeza de los Andes" hasta su encuentro con el mar, el Río Amazonas cambia nombre varias veces: Urubamba, Ucayali, Marañón, Solimões, hasta el encuentro con el Río Negro, donde

Se hace Amazonas propiamente dicho, impetuoso varando hasta el profundo Estrecho de Breves, de donde sale alargándose, expandiéndose desmedido por la bahía de Marajó, sus olas llegan a parecer de altamar: es que allí él convoca orgulloso sus energías para el encuentro con el mar Atlántico y empujar para atrás las aguas de océano hasta distancias enormes. (20)

Aunque sin mencionar nombres de todas las partes del río, Thiago de Mello esboza la estructura sintagmática de su recorrido, señala su orden lógico y poético y enfatiza su relación dialógica con el mar, que responde con la *pororoca*. También la relación del gran río con los otros ríos puede servir de ejemplo de relación dialógica con el otro, y esa es la intención del poeta:

Como un río, que nace
de otros, saber seguir
junto con otros siendo
y en otros prolongándose
y construir el encuentro
con las aguas grandes
del océano sin fin

(23)

Además de señalar la relación dialógica del río con otros ríos y con el mar, la cartilla muestra cómo él se relaciona con el hombre. Llega a decir: "*el río habla con el hombre*" (27). Sin embargo, el hombre y el río no son pareja en el diálogo en el mismo sentido que el río y sus afluentes o el mar. "*El río dice al hombre lo que él debe hacer*" (24) y el hombre tiene que obedecer, seguir las órdenes del régimen de las aguas, adaptarse a su ciclo, si no, sucumbe. (24) El hombre vive aquí en el imperio del agua y es la ley del río la que se impone sobre su vida. En ese imperio, el hombre pierde su posición privilegiada de rey de la creación, el antropocentrismo se hace insostenible, impera el agua, aunque con su relación con el hombre ella muchas veces sufra, contaminada y contagiada, como en el puerto de Manaus o en Igarapé del Cuarenta donde "*la miseria ríe solita*", bañada por el "*agua sucia y hedionda*", donde "*ni el sol se ahoga*". (27)

Si el agua que impera también se entrega al hombre y sufre con él, las consecuencias mortíferas de la trasgresión de la ley del río, su sacrificio puede hacer parte de los planos de salvación de la vida en una perspectiva de larga duración. Pero la cartilla no es catecismo ni manual de soteriología (parte de la teología que trata de la salvación del hombre). Enseña sólo a leer y escribir sin la pretensión de penetrar en la naturaleza y en los destinos de quien lee y escribe. Pero esa pretensión precede cualquier proceso de alfabetización, por lo tanto, no puede estar ausente también en esta cartilla –libro escrito en busca de la sintonía con *“la esperanza que flota sobre la superficie de las aguas”* (27), esperanza de nuestro Génesis de cada día, esperanza a pesar de todo.

Tiene su debido lugar en la cartilla también la morfología del agua del Amazonas, su estructura, la diversidad de las formas que la componen y en que ella se conjuga y declina. Es larga la relación de sus componentes, porque esa morfología reconoce todas las formas del agua que se comunican con nuestros sentidos, fundamentando la lectura. Citemos sólo algunas: *“el agua que corre en el furor de la corriente”* y la que *“gusta de quedar parada en el silencio del igapó”*, la *“de mucha hondura”* y la raza transparente y otra barrosa, *“agua atravesada de maleza”*, *“agua cubierta de fango”*, agua de enfermedades, de ameba y de fiebre amarilla, y el límpido *“ojo de agua ofreciéndose frío”* de pozo, *“Las aguas barrosas del Solimões, del Madeira, del Juruá, del Purus. Las azules del Tocantins, las verdes del Tapajós, del Xingú. Las aguas negras de todos los colores del río Andirá”* (22), y tantas otras.

El hombre en esta Patria del agua siente, más que en cualquier otro lugar, su parentesco con el agua, no sólo por los ríos sino también por la lluvia, ya que habita *“uno de los lugares donde más llueve en este mundo de los hombres”* (38). Por eso, los caboclos son llamados *“dueños fundadores del diálogo con las nubes”* (38). Thiago de Mello, uno de ellos, no llega en su cartilla a hacer una exégesis del juego y de la morfología de las nubes, como, por ejemplo, hacía Goethe, sino en su lectura de ellas en estrecha relación con la lectura de las lluvias blanca, negra y rojiza, lectura tan sensible a la diversidad de las formas y su dimensión telúrica y cósmica, se muestra capaz de instaurar e incentivar una hermenéutica de la escritura y transfiguraciones de las nubes en su patria amazónica.

La cartilla del Amazonas enseña también a leer la selva, cuyo universo se entrecruza con el imperio del agua. La selva no es tan elocuente ni dominadora como el río. Mientras el río *“dice lo que el hombre debe hacer”*, la selva, que no anda, no puede decir *“y queda a merced del hombre”* (27), explotada y destruida hace cuatro siglos. Por eso, la resistencia a esa destrucción es indisociable de la lectura de la selva, que no habla y no manda como el río, sólo que no por eso deja de producir un texto, ni por eso el hombre puede dejar de descifrarlo. La esperanza comienza con la lectura:

El alma joven del país se yergue, espanto indignado, para aprender o deletrear los fonemas verdes de la selva amenazada (27).

Al hablar de la selva, la cartilla de Thiago de Mello pasa a ser un diccionario, que reúne no sólo nombres de las especies, frutas, remedios, plantas mágicas y maderas, dádivas de la selva, sino también dádivas arrancadas en una extracción impía. Además de registro, su historia es también una denuncia de saqueo, como en el caso de la *Hevea Brasiliensis*, el caucho, así como una descripción de las propiedades, recetas, llegando hasta el registro de alabanzas:

Alabo la banana-pacovã, la llamada banana-grande [...] asada en la brasa con cáscara y todo, alimento de primera como papilla con castaña. Pero alabo más todavía la murupi, la prodigiosa pimienta murupi, la única pimienta de las tantas que

conozco que reúne las tres virtudes: tiene ardor, que pide cuidado, tiene sabor [...] que da fuerza a una sazón especial [...] Y lo que esa pimienta tiene de maravilloso es su aroma. (31)

El registro de alabanza traspasa toda la cartilla, porque enseñar a leer significa también enseñar a alabar. Pero significa igualmente enseñar a lamentar el sufrimiento, la degradación y la destrucción representados en la escritura. De la tensión entre la alabanza y la lamentación nace la esperanza —la suprema finalidad de la enseñanza de esa cartilla amazónica.

El autor, "*hijo de la selva, del agua y la madera*" (35), percibe y testimonia la relación orgánica del hombre con la madera ("*me hice gente en medio de la madera*", (35) y la generosidad de la selva. La destrucción que presencia y cuyos ejemplos desgarradores apunta —como las deforestaciones y adulteraciones de la selva del Proyecto Jari, como los incendios y como el acto suicida del hombre, así como también una ingratitud indigna del hombre, un rompimiento de la relación dialógica con la selva en que queda derribada toda la ética, incluso la ética de la lectura:

Ella (la selva) no para de trabajar, día y noche para servir la necesidad fundamental del hombre: el aire que él respira. Sin embargo, es ese mismo hombre que no se cansa de destruir la selva generosa (34).

La selva, a pesar de no andar y no hablar como el río, no es sumisa ni indefensa. Cuando se siente violada, ella se defiende: con su calor húmedo, con el enmarañado de su flora y tinieblas en pleno día, con sus seres invisibles pero poderosos, como *saci-pereré* o los duendes *curupira* y *mapinguari*, con su fauna, mosquitos, arañas, hormigas y fieras, como la onza o la boa.

El hombre, en esta confrontación con la selva, reduce y extermina las especies, no perdona ni a los seres legendarios. No obstante existe todavía un sistema de defensa que la cartilla apunta indirectamente y en que deposita la mayor esperanza, que es la conciencia y el instinto de preservación del propio hombre, también un ser de la selva, su dependiente, capaz de prever la consecuencia de sus actos, como cuando dice:

En la lucha contra la naturaleza, en la última y por ventura definitiva lucha del hombre contra la naturaleza, que se traba en Amazonia, el hombre parece ganar. Sin darse cuenta que al fin, al fin de la ciega tentativa trabada de ojos abiertos, será él mismo ciertamente el gran derrotado (45).

El agua, además de generar la vida, de hablar al hombre, de ser su camino, guarda en la carne su alimento, como residencia de los peces y muchos otros seres de la fauna acuática. También peligros: enfermedades y fieras. La cartilla introduce al lector en este universo de más de dos mil especies de peces, como también rayas, quelonios, cocodrilos, peces buey y cetáceos, transmitiendo el conocimiento y la fascinación por todas esas criaturas. También aquí el registro de lamentación acompaña al de alabanza, porque aquí también, como en la selva, además del caboclo que sabe usar las dádivas de las aguas y de la floresta, existe el hombre que viene de lejos para explotar y destruir. El ejemplo más doloroso es la casi extinción del pez-buey, pariente más próximo del elefante. Sin embargo, de lejos puede venir también el socorro y la esperanza. La cartilla cuenta la historia de un joven biólogo canadiense Robin Best, que vino para desarrollar un estudio y un trabajo con la finalidad de salvar la especie amenazada de pez-buey.

La cartilla amazónica de Thiago de Mello, trazando el mapa y enseñando a declinar los sustantivos del universo amazónico, apunta también algunos verbos esenciales para su

sustentación. Entre ellos hay un verbo fundamental, amenazado de extinción, cuya conjugación la cartilla ejercita de diversas maneras: el verbo amar.

Amazonia, patria del agua, es también patria del verbo “amar”, verbo transitivo y sustantivo, principio de construcción de su civilización.

Porque es aquí en el corazón del silencio de la selva amazónica que criaturas simples y humildes construyen desde hace centenas de años la civilización del agua, cuyas leyes y valores son tan diferentes de las que marcan la vida atormentada de los grandes centros urbanos. [...] Son seres que conocen y aman la convivencia solidaria. Viven en una sabia integración con la naturaleza [...] Y aún así son capaces de amor. Quien viaja por la Patria del agua descubre que los caboclos ribereños viven en permanente estado de solidaridad. Tienen la vocación de la convivencia fraterna. A pesar de no saber deletrear la palabra Utopía. (60-61)

“Utopía” es una palabra del hombre que vino de lejos, palabra extraña al hombre de la civilización del agua. Al introducir la palabra “utopía” (el no-lugar, lugar que no existe) en su cartilla de Amazonia como en una palabra impronunciable por su habitante nativo, Thiago de Mello señala, tal vez, uno de los aspectos cruciales de la confrontación de las civilizaciones ocurrida con la venida del hombre blanco: confrontación entre su “u-topia” y el “topos” de los hombres del lugar. La civilización del “topos”, de los hombres, cuya convivencia con la naturaleza es tan armoniosa “que parecen confundirse con ella” (61), sufrió una destrucción en ese enfrentamiento, exterminio de sus pueblos, degradación de los remanentes y, consecuentemente, la devastación del lugar. Pero la causa de eso no fue la llegada de las palabras extrañas, impronunciadas – fue la resistencia del aprendizaje de los que llegaron, “de los blancos que bien podrían aprender, con los indios, a conjugar el verbo “amar” (57). Y fue también la traición de la propia palabra de amor de quien vino, porque *“hasta el mensaje de amor de Cristo es usada, y traicionada, para la violación de los más bellos valores culturales de nuestros indios”* (57).

Tan directo en apuntar las heridas y esbozar el cuadro deplorable de la destrucción sufrida por la patria del agua y sus habitantes, el texto de Thiago de Mello no es, por lo tanto, un mero manifiesto de resentimiento o un diagnóstico de agonía. No es y no puede ser, porque ante todo es una cartilla, y la cartilla enseña a leer y comprender las palabras y el mundo, a declinar los sustantivos, a conjugar los verbos, entre ellos el verbo amar transitivo, haciendo que no pase a ser transitorio. La cartilla: un género de esperanza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cunha, Euclides da** (1955): "À margem da História" en *Obra completa*, Vol. 1. Rio de Janeiro, Editora Nova Aguilar.
- Cunha, Euclides da** (1986): *Um paraíso perdido*. Rio de Janeiro, J. Olympio.
- Eliot, T. S.** (1967): *Quatro quartetos*. Introd. de Antônio Huiass. Trad. de Ivan Junqueira. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Hardman, Francisco Foot** (2001): "A vingança da Hiléia: os sertões amazônicos de Euclides" en *Tempo Brasileiro* Nº 144. Rio de Janeiro.
- Mello, Thiago de** (1984): *Vento geral. Poesia 1951-1981*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Mello, Thiago de** (1987): *Amazonas, pátria da água e notícia da visita que fiz no verão de 1953 ao rio Amazonas e seus barrancos*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Ramos, Conceição de Maria de Araújo** (1999): "Thiago de Mello: Um rio de Água Vida". *Terra das Águas. Revista de Estudos Amazônicos* Vol. 1, Nº 2. Brasília.
- Rangel, Alberto** (1927): *Inferno verde*. Tours.
- Sevcenko, Nicolau** (1999): *Literatura como missão. Tensões sociais e criação cultural na Primeira República*. São Paulo, Editora Brasiliense.